

Federación Provincial Socialista

Enantacius
Revista de Afirmaciones

Número 4

Alicante

Una Pta.

Epanitacus

Revista de Afirmaciones

ALICANTE, 1 DE OCTUBRE DE 1937

Precio: UNA Peseta

PUBLICACIÓN MENSUAL

INDISCRECIONES

Las etapas de la victoria

Por RODOLFO LLOPIS

Buscando una explicación :

Son muchos los españoles que todavía se preguntan por qué se produjo la crisis ministerial que se resolvió el 17 de Mayo. Ignoran las causas que determinaron la eliminación de Largo Caballero de la Presidencia del Consejo de Ministros y del Ministerio de la Guerra. La ignorancia no puede sorprendernos.

Los que por aquel entonces presumían de estar bien informados recogieron la versión que ciertos elementos interesados —por lo demás muy conocidos— hicieron circular, dando a entender que, en el fondo, aquella crisis era valor convenido entre todos. La crisis —venían a decir— se ha producido en vísperas de la reunión de Ginebra. Había que atender —insinuaban, como si estuvieran en el secreto de las cosas— determinadas sugerencias extranacionales para facilitar una posible —la daban por segura— ayuda de las llamadas democracias europeas. Para ello —según diciendo— convenía, aunque esto fuese circunstancialmente, eliminar del Gobierno toda representación extremista.

Hubo ingenuos y egoístas —más de los segundos que de los primeros— que lo creyeron. Lo creyeron porque no se tomaron la molestia de reflexionar. De lo contrario, hubiesen recordado que cuando estalló la criminal sublevación militar que ensangrienta España, la República tenía un Gobierno burgués, exclusivamente republicano, sin que por ello nos ayudasen las famosas democracias europeas. Al contrario, fué entonces cuando iniciaron con nosotros la monstruosa política que padecemos. Las ayudas serias que ha

recibido la República española, se han producido después, precisamente durante el Gobierno Largo Caballero

Por otra parte, las campañas que en el Extranjero se han hecho y se hacen contra el Gobierno legítimo de la República, acusándolo de rojo, no se encaran sólo ni principalmente con la colaboración sindicalista, sino con la colaboración comunista. El tópico que más agitan es la estupidez de afirmar que España se ha convertido en una colonia moscovita. Y, sin embargo, la crisis se resolvió sin eliminar a los comunistas. Al contrario. Acrecentaron su influencia y consiguieron imponer su criterio. Así nos luce el pelo

Convengamos, pues, que esa explicación no tiene sentido. ¿Cómo había de tenerlo si hasta el mismo Negrín solicitó reiteradamente la participación ministerial de las dos Centrales sindicales? No nos sirve, no, lo de las presiones internacionales. Después de todo, con examinar el actual panorama internacional nos daremos cuenta de lo que ha ganado (!) nuestra causa en el Extranjero a partir de la crisis del mes de Mayo.

Si no nos sirven estas explicaciones que durante algún tiempo hicieron fortuna entre los ingenuos y los egoístas, habrá que buscar alguna otra más verosímil. ¿Cuál? El Gobierno no ha dicho todavía nada. Como es de suponer, se reserva para el Parlamento, ante cuya representación nacional arde en deseos de comparecer desde el mismo 17 de Mayo...

Dimisiones sin

crisis :::: ::::

En otro momento de estas notas he dicho que la crisis hacía tiempo que rondaba por aquel Palacio de Benicarló donde estaba la Presidencia del Consejo de Ministro. Como también he dicho que la idea de crisis anidaba en no pocas cabezas. Dada la composición de aquel Gobierno, la psicología de nuestros políticos y la marcha que seguía la guerra, la cosa no tenía nada de sorprendente.

El Gobierno era muy numeroso. Demasiado numeroso. Lo formaban diez y ocho Ministros. ¡Diez y ocho! Conviene advertir que salvo dos —Vayo y Galarza— Largo Caballero no eligió a los que debieron ser sus colaboradores. Respetuoso, como siempre, con los Partidos y con las Organizaciones, les pidió que designaran libremente las personas que habían de representarles en el Gobierno. El Gobierno, por consiguiente, estaba formado por los delegados directos de los Partidos y las Organizaciones.

Convengamos, además, que no todos aquellos diez y ocho Ministros, tenían muy arraigadas las costumbres parlamentarias o los gustos diplomáticos. Ni al principio, ni al finalizar la etapa que reseñamos. Las relaciones personales tampoco constituían el mejor título de cordialidad. Y el recuerdo de pasadas luchas en que unos y otros fueron más o menos protagonistas, resurgiría con sobrada frecuencia poniendo cierta acritud en las intervenciones. Si a eso se añade que las cosas siempre salían bien y que las noticias de la guerra no eran buenas en todo momento, se comprenderá que en más de una ocasión las discusiones adquiriesen tono vivaz y tradujesen profundas discrepancias. Después de todo, nunca estamos tan descontentos de los demás como cuando lo estamos de nosotros mismos.

El Gobierno Largo Caballero cometió un tremendo error: dejó intervenir a los Ministros en los actos públicos, tolerando que hablasen como hombres de Partido u de Organización. En ese mismo error ha incurrido el Gobierno Negrín y a la vista tenemos las perniciosas consecuencias que de ello se han derivado para la cordialidad de las fuerzas antifascistas.

Todavía no se ha podido conseguir —ni siquiera en estos momentos terribles de guerra— que los Ministros sean en los Consejos hombres de Partido y de Organización. En los Consejos de Ministros, y solo allí, a cuyas deliberaciones tienen el deber de llevar los puntos de vista, las críticas y las soluciones de sus representados. Pero esos Ministros,

—hombres de Partido, repetimos, en los Consejos— en las relaciones con el país no deben ser mas que miembros de un Gabinete que, sea cual fuere la heterogeneidad de su composición, ha de producirse en todo momento en perfecta unidad. Es decir, que los Ministros, ante el Gobierno, son delegados de sus partidos, y ante la Nación, delegados del Gobierno.

Después de todo, no parece excesivo el sacrificio que se les pide. Pero, por lo visto, eso no puede ser entre nosotros. Nadie quiere renunciar a que se incremente su clientela política. Ni la pesadumbre del cargo, ni las horas que vivimos bastan para superar las tendencias demagógicas que tan arraigadas están, por lo que se ve, en ciertos hombres y en ciertos partidos.

Todas las semanas teníamos discursos, cuya necesidad nadie advertía. Y por los periódicos o por la radio nos enterábamos de que el Ministro de Agricultura censuraba la obra del de Comercio y éste la de aquél. Los comunistas atacaban a la Confederación Nacional del Trabajo y los cenelistas atacaban al Partido comunista. Y se daba el caso, verdaderamente monstruoso, de que los Ministros comunistas, sobre todo el de Instrucción Pública —que jamás se atrevió a hablar de las cosas de su departamento— criticasen públicamente la labor del Ministro de la Guerra y censurasen la obra del Gobierno... sin dimitir previamente.

Como puede sospecharse, todo esto minaba la obra del Gobierno. Sólo la enorme autoridad de Largo Caballero pudo evitar que se desmoronase con estrépito el edificio Ministerial. A pesar de ello, más de una vez se agrietó. Que yo sepa, y por motivos distintos —no todos de la misma importancia— presentaron la dimisión de sus cargos algunos ministros: Negrín, Vayo, Irujo, Hernández... A decir verdad, el Ministro de Instrucción Pública no presentó la dimisión: lo dimitieron. Acerca de los motivos de las dimisiones de Vayo y de Irujo quizá tengamos que decir algo en determinado momento de estas notas. Sucesos posteriores dramatizaron aquellos motivos.

Algunas de esas dimisiones no trascendieron. Y no hubiese estado mal divulgar en ciertos círculos las causas de determinadas actividades. Se ignora demasiado. Otras dimisiones sí trascendieron. Y todavía hoy no nos explicamos por qué no tuvieron las consecuencias que eran de esperar. Eramos muchos entonces los que creíamos que había llegado el momento de plantear con toda crudeza el problema político. Otros, en cambio, más inteligentes sin duda y con mayores responsabilidades desde luego creyeron todo lo contrario.

—¿Plantear ahora una crisis de fondo?—decían.— ¡Qué locura! ¿Para qué? ¿Para ratificar nuevamente la confianza a Caballero? Buena gana de perder el tiempo y de desmoralizar a los combatientes. Porque hoy por hoy —proseguían en su razonamiento— y presumimos que mientras dure la guerra, no hay más Gobierno que el de Largo Caballero, es decir, un Gobierno formado por todas las fuerzas interesadas y comprometidas en la lucha antifascista. Ese Gobierno —insistían— es el único Gobierno nacional que puede lograrse en la España republicana, puesto que va de los católicos vascos a los sindicalistas de la C. N. T. Es el que necesita —añadían machaconamente— para mantener viva la moral de los combatientes. Y un Gobierno de esa naturaleza —concluían— no lo puede presidir nadie mas que Largo Caballero. Cualquiera otra solución —afirmaban sentenciosamente— sería catastrófica. Pues si no hay más Gobierno que ese, ni más Presidente que Caballero, ¿para qué inquietar al país en estos momentos con una crisis? Lo que puede suceder, lo que seguramente sucederá —explicaban completando su pensamiento— es que haya algún ministro que no encaje o que no pueda con la cartera. En ese caso —concluían victoriosamente— se le sustituye; al día siguiente nos enteramos de la dimisión por la «Gaceta» y en paz...

Así se razonaba allá por los meses de Febrero y Marzo. Y no hubo crisis, ni parcial

ni total. Y en cierta ocasión estaba ya designado el sustituto. Nunca me lo he sabido explicar. Largo Caballero no lo ha dicho todavía. Quizá se decida a explicárnoslo algún día. Esperemos.

: Una reunión

histórica: : : :

Volvamos nosotros a la crisis de Mayo. Ya he dicho que se produjo precisamente cuando no la esperábamos. ¿Cómo íbamos a suponer que la crisis se planteara en aquellos días de Mayo, en vísperas de unas importantes operaciones militares que se reputaban decisivas para el curso de la guerra? Y, sin embargo, se planteó la crisis. Se planteó en Mayo, pero su gestación fué muy laboriosa y muy interesante.

Los motivos que se esgrimieron para provocarla ya los hemos enumerado: el orden público, la política del Ministerio de la Guerra, la marcha económica del país... Teatro puro. A mi modo de ver, los verdaderos motivos eran otros. No creo equivocarme. Voy a señalarlos, llegando en la expresión de los mismos hasta donde me sea posible. El compañero lector con su pensamiento completará las lagunas que yo mismo intercale en el mío.

Nuestra guerra, como se ve, se complica cada día. Aparentemente, era una guerra civil, una más de las muchas que ha padecido España a lo largo del siglo XIX. Eso pudo creerse al principio. Hoy se sabe lo suficiente para no ignorar los intereses internacionales que a costa de nuestra sangre se están ventilando en nuestras tierras.

Con la crisis de Mayo se produce un fenómeno parecido. Pudo creerse que tenía determinada significación. A medida que pasan los días, los hechos que se suceden sin interrupción nos aclaran la trama de la crisis. Había que eliminar a Caballero del Gobierno, sobre todo de Guerra. Y cuanto antes mejor. Para mi conciencia, allá por el mes de Febrero se decretó la muerte política de Caballero. ¿Por qué? ¿Para qué?

Los compañeros de la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, al trasladarse a Valencia, invitaron a almorzar a Largo Caballero. Quisieron recordar aquellos primeros momentos de la sublevación en que, de día y de noche, estaban juntos, consagrados a la guerra, en los locales que la Unión tenía en Madrid. Algún día se sabrá cómo desde aquel entresuelo de la calle Fuencarral se ayudaba al Gobierno del Sr. Giral.

Se celebró el almuerzo en los primeros días de Enero. Y se celebró en el domicilio que en Valencia, en la calle de Salvador Seguí, tenía la Unión. Asistió toda la Ejecutiva y asistimos unos cuantos invitados. Ya de sobremesa, la conversación recayó en uno de los temas más dramáticos para toda conciencia auténticamente socialista: la deslealtad de los comunistas. Quien hablaba, nos describía un panorama sobradamente conocido de todos. Las campañas de los comunistas en los frentes y en la retaguardia; en su afán por desplazar a los socialistas de las organizaciones aprovechando la circunstancia de que nuestros compañeros estaban entregados a las tareas de la guerra; su descarado proselitismo, apelando sin escrúpulos a los procedimientos más reprobables; su constante deslealtad para con nosotros. Se habló de la conducta de los jóvenes socialistas que se habían marchado al partido comunista. De la «conquista» de dos diputados elegidos como socialistas... Y, entretanto, nuestro Partido no daba señales de vida. La Ejecutiva Nacional continuaba silenciosa. Muchos de nuestros compañeros se quejaban de tanta pasividad. Se acusaba ya cierta desorientación entre los nuestros. Los comunistas estúpidamente nos daban por muertos. Ya no hablaban de fusión; creían superada esa etapa. Hablaban de absorción... ¿Qué debíamos hacer nosotros?

Hablaron algunos compañeros. Habló Largo Caballero. Pocas palabras. Claras. Tajantes. ¿Quién habla de absorción? A mí —vino a decir— no me absorbe nadie. Nadie. Al Partido

Socialista no lo puede absorber nadie. El partido tiene una tradición y una potencialidad que no se puede echar por la borda aunque quisiéramos. Se empeñe quien se empeñe. Unidad marxista, sí; pero que nadie olvide que el partido comunista no es sino una rama desgajada del tronco socialista y nada más que eso. El Partido no puede morir. Mientras yo viva, habrá un socialista. Lo que hay que hacer es trabajar, trabajar y trabajar.

Un compañero, uno de esos compañeros stajanovistas del Partido único del proletariado que nos alecciona todos los días, se creyó en el deber de decir que si comenzábamos a actuar, quizá considerasen los comunistas nuestras actividades como actos de agresión a su Partido.

La monstruosa herejía produjo la impresión que es de suponer. Varios compañeros interrumpieron para decir: si el hablar y actuar en socialista va a interpretarse como una agresión a los comunistas, ¿cómo debemos interpretar nosotros la conducta de los comunistas para con los socialistas?

No se habló más. Se disolvió la reunión. El cinco de enero firmábamos un documento que se hizo público en la prensa. «Y los socialistas—dice el escrito—conscientes de la gravedad histórica de la hora, se aplicaron con rígida disciplina a servirla desde todos los estadios de la vida nacional, llegando en el sacrificio incluso al abandono total de la labor de proselitismo y propaganda. Esta actitud de exclusiva supeditación a los intereses generales del antifascismo, en los momentos en que se encontraban vitalísimamente comprometidos, ha podido inducir a la presunción de que el socialismo español se había esfumado o al menos perdido vitalidad o influjo entre las masas. Nada más erróneo. El Partido Socialista Obrero Español, que ha sido y sigue siendo el más importante partido obrero de España, continúa sintiendo de modo incólume su ideología marxista y ejerciendo, como antes, la influencia a que su gloriosa historia le da derecho, si sus dirigentes saben situarse en todo instante a la altura de las exigencias del momento y de sus propias masas». Largo Caballero encabeza las firmas del documento. El compañero que tantas dudas tuvo en la reunión de la U. G. T. también las tuvo para suscribir el manifiesto. Al fin, después de nuevos requerimientos, autorizó su firma.

El documento sirvió de estímulo. Días después publicó la Comisión Ejecutiva del Partido su primera circular. ¡Ya era hora!

Lo que pasó en la Unión trascendió. Llegó rápidamente a determinados círculos. La firme actitud de Caballero les produjo contrariedad. Su decidido propósito de seguir siendo socialista y su resolución de no dejarse absorber, desbarataba los planes que alegremente se habían trazado quienes no nos conocen bien. Desde ese momento, se preparaban las baterías contra Caballero. Había que reducirlo. Costase lo que costase. ¡Pobres idiotas! ¡Qué idea tenían de nuestros hombres!

:-: Victorias pírricas :-: Sin embargo, no debieron perder definitivamente las esperanzas. Menudeaban las visitas a Caballero. Se le propuso la fusión de los partidos comunista y socialista. Caballero hizo saber que esas gestiones tenían que llevarse con el Partido Socialista, de Partido a Partido, pues él, Caballero, en el Partido, no era sino un afiliado como tantos más.

Los gestores de la fusión no aceptaban su tesis. La Ejecutiva del Partido—decían—era reformista, enemiga de la unidad, no representaba a nadie. El Partido Socialista—insistían—era Caballero. Con él tenía que hacerse la fusión.

Pero Caballero no les dejaba discurrir por ese camino. La fusión la han de hacer los Partidos, libremente, democráticamente, o no se hará. Acceder a lo que se pretende

de mí—solía decir Caballero—equivale a dividir nuestro Partido. Eso sería la escisión. Y yo no he sido escisionista nunca. Ni lo seré jamás.

Las palabras rotundas de Caballero dejaban poco margen a la esperanza. A pesar de ello, nuevas visitas nacionales y extranjeras. Halagos, insinuaciones, toda la gama del método ya conocido. Imposible. Caballero continuaba insobornable. Entonces se lanza la consigna: Caballero está viejo. No puede con el peso del Gobierno. ¿Se acabó el Lenin español! ¡Y todo por querer seguir siendo socialista, por no querer escindir nuestro viejo y glorioso Partido, por no prestarse a ser instrumento de los demás!

Ya que no se conquista a Caballero, hay que conquistar otras cosas. Se produce entonces un acercamiento a la dirección oficial del Partido, a la que acaban por complicar—¡y de qué manera!—en la conjura de la crisis. Intensifícase la campaña de mítines en los que no recatan censuras contra Caballero. Caballero llama al Comité Central del Partido Comunista. Discute con ellos. Les afea su conducta. Todo queda en buenas palabras, aunque las voces llegaban a la acera de enfrente.

La propaganda proselitista en los frentes resultaba intolerable y peligrosa. Lluven las denuncias. Se acusan ingerencias e intromisiones. Caballero decide cortar por lo sano. Se lo dice a quien se lo tiene que decir, que acaba descubriendo en nuestro compañero—que no ha dejado de ser socialista, que se siente más socialista que nunca—un profundo españolismo. El Ejército no puede ser de ningún partido. El Ejército ha de ser de la República. A conseguirlo se consagra Caballero. Quienes habían supuesto otra cosa se equivocaron.

Cae Málaga. Gran campaña «contra los autores de la traición». Públicamente nombraban al General Asensio. Públicamente. Pero en realidad la campaña iba contra Caballero. Luego lo habrán visto claro hasta los ciegos. Y al constituirse el Gobierno Negrín, por imposición de los comunistas, se ofreció públicamente substanciar con rapidez el proceso de la caída de Málaga. Todavía estamos esperando. ¿Por qué? Algún día, sin embargo, habrá de verse lo de Toledo, lo de Málaga y lo de Bilbao.

El 14 de febrero, después de la caída de Málaga, hubo una manifestación monstruo en Valencia de adhesión al Gobierno. A pesar de ello, la campaña contra Caballero seguía más o menos encubierta. Y se amplían las zonas de la conjura. Aquí y fuera de aquí. Algún diario de Londres anuncia la formación de un Gobierno Negrín. Araquistain, desde París, sabe más que nosotros de lo que se trama contra el Gobierno. Caballero quiere que se aclare la situación. Así no se puede continuar. El 26 de febrero sostiene una tras otra, conversaciones con todas las fuerzas representadas en el Gobierno. Todos ofrecen su apoyo. Todos. Sin embargo, Largo Caballero se cree en el deber de decir al país lo siguiente:

«Con dolor y con pesadumbre tengo que declarar que en tanto recibo, como Jefe del Gobierno de la República asistencias verbalistas por parte de todos, absolutamente de todos, cuando llega el instante de poner en práctica las promesas de colaboración y de obediencia, no son todos los que se muestran decididos a colaborar ni a obedecer. Y tengo que salvar mi responsabilidad ante el pueblo que el día 14 hizo pública demostración de su apoyo al Gobierno que presido. Entre ese pueblo y el Gobierno que dirijo se ha incrustado, maleando muchas conciencias y alentando muy turbias pasiones, todo un tinglado que para mí actúa en contra de nuestra causa, consciente e inconsciente. Creo que hay mucho de una y otra cosa. Pero el resultado práctico es el que he dicho ya: que entre los pies de los que deben caminar y están dispuestos a hacerlo al frente del pueblo trabajador y democrático, se enreda la serpiente de la traición, de la deslealtad y del espionaje.

«No estoy dispuesto a que tal estado de cosas se prolongue ni una hora más. Me dirijo al pueblo español, a los organismos responsables de los partidos políticos y a las organizaciones sindicales que constituyen la España antifascista, proletaria y democrática. Que sea un hecho cuanto en forma de conclusión elevó el pueblo el día 14 a través de los Comités y organizaciones rectoras de los partidos y de los sindicatos al Presidente del Consejo de Ministros de la República. No más palabras y sí más hechos. Disciplina, obediencia y lealtad. El Gobierno no es un taumaturgo que puede convertir en elementos de triunfo huecos discursos y apariencias de actividades. Para mandar con responsabilidad se precisa que haya quien obedezca. Obediencia. Repito: Obediencia, disciplina y lealtad. Desde el día 14 el Gobierno no ha encontrado lo que hasta entonces hubo de echar de menos. Por el contrario, nuestros enemigos han sabido, como dejo ya dicho, interponerse —llevando la confusión a las conciencias de muchos— entre las masas populares y sus genuinos representantes en el Poder público.

»Tengo que señalar una para mí muy sospechosa coincidencia que viene a reafirmar mis amargas reflexiones. Mientras entre nosotros se produce el estado de cosas que con claridad queda reflejado en los párrafos anteriores, al otro lado de las fronteras se habla de intervenciones para que en España termine la lucha. Y se dice, por gobernantes de países extranjeros que tienen intereses opuestos a los de las potencias fascistas, que nuestra guerra debe terminar. Pero no se añade que debe terminar con nuestro triunfo. Se nos quiere, acaso, empujar hacia un abrazo de Vergara. **Los brazos del que hoy es Presidente del Consejo de Ministros de España no se abrirán jamás para estrechar a los traidores a su patria, servidores de poderes que significan tremendo peligro para la paz de Europa y para la suerte del proletariado».**

El escrito produce sorpresa en mucha gente, estupor en no pocos, desconcierto en casi todos. ¿Qué pasa? Cada día se comprenderá mejor el sentido de ese documento. El documento, en realidad, no paralizó la campaña. Retrasó, quizá, los acontecimientos; pero nada más.

Caballero prepara una gran ofensiva militar. A ella se consagra. En ella se han puesto grandes ilusiones. Pero en ciertas conciencias surge la preocupación de que si esas operaciones se hacen y salen bien, Caballero se afianzará en el Gobierno y no habrá manera de echarlo. Y como de lo que se trata es de echarlo, hay que provocar la crisis para que no se hagan las operaciones. ¡Qué tremenda responsabilidad!

Salió Caballero. Echaron a Caballero. Triunfó la conjura. Tuvieron éxito **Crisis** los conjurados. Caballero podrá decir con razón que la tormenta se formó por querer permanecer fiel a su Partido y por haberse negado a ser instrumento de nadie. Por sentirse más socialista que nunca y más español que nunca.

Sin embargo, el Secretario del Partido Socialista, en un acto celebrado en Madrid, se ha permitido decir que el 17 de mayo—día en que se formó el Gobierno Negrín—la República había ganado una gran batalla. ¡Pobre República si todas las victorias son como las de ese día!

Visado por la censura

Francisco Largo Caballero

Por F. FERRÁNDIZ ALBORZ

— I —

Para la idiosincracia española siempre hay peligro de convertir la estimativa persona en idolatría. Igualmente, los españoles que por alguna razón histórica, política o social se han visto exaltados por la estimación popular, rápidamente se inclinan hacia un santonismo de tipo idolátrico. Se quiere achacar esta idolatría a condición racial, a nuestro mestizaje moruno, a un determinante psicológico de pueblo indiferenciado, pero habrá que convenir que los nazis de Hitler, arios ciento por ciento, padecen de ese mismo mal pero muy agravado.

Es evidente que el Partido Socialista Obrero Español superó esa condición hispánica. Las figuras más representativas del P. S. O., Pablo Iglesias en primer lugar, combatieron en sí mismos y en los demás el alarde personalista, introduciendo en los usos de la vida española nuevos modos morales que respondían a una nueva interpretación de las relaciones sociales. Lo personal español adquirió, gracias al Partido Socialista, categoría social, se humanizaba la lucha porque el odio entre individuos se convirtió en pugna entre clases. Toda ampliación de horizontes en la lucha social equivale a humanizar la lucha, por lo que, en realidad, el marxismo, al determinar las causas de la lucha de clases la humaniza, superando el odio instintivo de épocas pretéritas. El P. S. ejerció en España una misión colonizadora, civilizadora, de los españoles entre sí y de los hombres como factores de dirección política.

Se concibe que un socialista tenga estimación preferente hacia determinado líder, pero amás esa estimación degenera en idolatría, porque valoramos a los hombres en cuanto ellos son una armonía vital entre su modo de pensar, sentir y actuar. Cuando falla alguna de estas categorías falla también la estimación. Los líderes políticos son trayectorias históricas y es en razón de ellas que hay que valorarlos.

Por la conjunción de una serie de circunstancias, Francisco Largo Caballero se halla situado en el centro de la inquietud española. En el proceso de la revolución se actúa de conformidad al pensamiento de Caballero o contra él. Al margen de él no vive ningún español con preocupación política. ¿Por qué? Eso es lo que queremos analizar, pidiendo disculpas por una evocación personal.

— II —

Una sola vez hemos hablado con el camarada Largo Caballero. No podemos precisar si fué en 1918 o 1919, a su salida del penal de Cartagena y después del debate parlamentario sobre la huelga de Agosto de 1917, cuando el P. S. había adquirido un relieve de solvencia política no igualado por ningún partido. Por entonces llegó a Valencia Caballero para tomar parte en un mitin. Me hallaba de soldado voluntario en el Regimiento de Mallorca, de guarnición en Valencia. En la Compañía habíamos organizado un grupo socialista: Vicente Tatay, Antonio Duet, José Bordera y otros más. En la calle San Vicente tropezamos con los camaradas Francisco Sanchiz e Isidro Escandell, que acompañaban a Caballero.

—Le vamos a presentar a unos camaradas soldados— le dijeron.

Un apretón de manos.

—¿Habla mañana? —preguntamos.

Al insinuarnos que por nuestra condición de soldados no podíamos ir al mitin tomamos la determinación de asistir a toda costa.

Al día siguiente, al compañero cabo José Bordera le tocó ir de jefe de guardia a Capitanía General. Reemplacé a un soldado de la guardia. Por la noche, disfrazado con una blusa, me presenté en el local del mitin. Poco público y en su mayoría anarquista. El final, catastrófico. No recordamos bien si fué Escandell o Pascual Tomás, quien dió por terminado el acto. Los anarquistas vociferaban y exigían a grito pelado «¡Traidor, vendido! Tribuna libre. ¡Controversial!» En resumen: tumulto, puñetazos, insultos del más grueso calibre. De la blusa no nos quedó ni rastro, aunque la cara la teníamos amoratada a fuerza de golpes. Al salir del local tuvimos que hacer uso de las manos, pero sobre todo de los pies, para no caer en manos de la policía, evitándonos las molestias de un proceso militar por abandono de la guardia y demás.

Largo Caballero habló de la necesidad de que el proletariado interviniera en las luchas políticas, pero lo que más nos impresionó fué su estilo. La oratoria de Caballero la encontrábamos semejante a uno de esos *lieder* de Schuman, en los que el tema fundamental se desarrolla persistente, adquiriendo nuevas matizaciones hasta alcanzar un registro orquestal brillante, siempre idéntico en su desarrollo, intercalando en él remansos de intimidad sencilla y afectiva. Como casi todos los autodidactas procedentes del trabajo manual, es claro y conceptuoso sin retorcimientos de estilo, aparentemente seco por la influencia del medio castellano, cordial sin superficialidad ni sentimentalismo, porque su reacción anímica no sólo es la resultante de su comprensión sino también de su sensibilidad de clase.

Los viajes nos alejaron de España durante muchos años, aunque vivíamos al día el movimiento socialista español. En 1932 regresamos y asistimos al Congreso del Partido del mes de Octubre del mismo año. Allí volvimos a oír la voz de canto llano de Caballero, de perspectivas castellanas, sobrio a fuer de hispánico, desarrollando el tema con uniformidad rítmica y elevación de tono y con matizaciones orquestales; variaciones sobre el mismo tema. Algo había cambiado en el panorama español. El hombre colocado en el centro de la vorágine social continuaba siendo fundamentalmente el mismo, pero en el medio se notaba, que ya no eran únicamente los anarquistas los que gritaban y exigían: «¡Traidor, vendido! ¡Tribuna libre, controversial!» Ahora les ganaban en tal esfuerzo los comunistas. El cambio estaba no en las palabras, que eran las mismas, sino en la intención y origen. En 1919 las vociferaciones a nuestros hombres y al Partido eran plantas vernáculas, en 1932 obedecían a consignas.

— III —

En 1932, el nunca bien ponderado camarada Losovski, actualmente suplente del Comité Ejecutivo de la III Internacional, escribía: «Los socialistas tratan por todos los medios de fortificar la República capitalista, anhelan fortalecer la *democracia pura*.... procuran encauzar el movimiento por caminos legales... sostienen al Estado capitalista y a los fabricantes en contra de los intereses obreros... actuarán contra las reivindicaciones de las masas campesinas más pobres; irán organizando la sofocación del movimiento de masas mediante el empleo de las armas, etc. El P. S. sucumbirá con sus amos los capitalistas.»

Hacía luego un paralelismo histórico de gobernantes y afirmaba: «Nosotros también teníamos nuestros Alcalá Zamora, nuestros Prieto: los Guchkov, Miliujov, Kerenski y otros... ¿Qué objetivo debe imponerse cada obrero en España?» Para Losovski, en 1932, no había duda. «El derrocamiento de la burguesía, el derrocamiento del Gobierno nacional en el cual los socialistas y el jefe de la U. G. T., Caballero, son simples lacayos.»

Al hablar de la unidad decía: «El frente único se crea para luchar contra la burguesía.» «¿La unidad para sostener a Azaña y a Prieto? No; sería una unidad en beneficio de la burguesía.» Al analizar las dificultades de la Revolución Española, dijo: «España confina con el imperialismo francés armado hasta los dientes, el cual puede fácilmente arrojar sus tropas sobre el territorio español.» Como se ve, este formidable Losovski no tiene desperdicio. Pasarían pocos años y la III Internacional nos enseñaría, que el mejor medio para eludir el peligro imperialista francés es el de aliarse con él. Suponemos que esto será también una continuidad de línea stalinista.

Estos absolutismos dialécticos se prestan a ironías un poco sangrientas. En 1935, Dimitroff, desde la alta tribuna del VII Congreso de la Internacional Comunista, entre ovaciones dijo: «Saludamos al líder de los socialistas españoles, Caballero, arrojado dentro de la prisión por los contrarrevolucionarios.» En 1937, se da la consigna de sostener la línea política Azaña-Prieto.

¿Quién tiene razón en este pleito? se la daremos a quienes se empeñen en tenerla, porque, según el humorista, se empeñan en tener razón quienes no pueden tener otra cosa. El camarada Largo Caballero se conforma con tener a la historia de su parte. La defensa de su obra jamás ha sido la defensa de su razón, se ha limitado a exponer hechos. Y esto es una demostración de su mentalidad marxista. La razón, la diosa razón de la Revolución Francesa, tiene, como burguesa, una manifestación subjetiva, mientras que los hechos, a fuer de objetivos, forman el proceso constructor justificante de la actuación de los hombres. Quienes tienen en su contra la realidad del hecho revolucionario español, son los que se empeñan en defender su razón, son los literatos de la revolución que cambian a cada momento de criterio. Quienes tienen en su haber una actuación de conformidad a los hechos, son los auténticos marxistas, los que siempre se han encontrado en el lugar que las circunstancias imponían al movimiento obrero.

— IV —

Caballero estuvo en Agosto de 1917 en su puesto. De este movimiento ahogado en sangre salió más fortalecido aún en su fe en el proletariado y en su convicción de que sólo con la violencia se abatiría la fortaleza capitalista. En 1920, cuando el movimiento escisionista iniciado por la III Internacional, Caballero defendió la unidad del proletariado contra un grupo de irresponsables que entonces —como ahora, pues la historia se repite,— se empeñaban en hacer de un fenómeno específicamente ruso un problema internacional. Cumpliendo el proceso de descomposición monárquica, llegó el desastre de Annual, y como derivación el golpe militar de Primo de Rivera el 13 de Septiembre de 1923. El P. S. y la U. G. T., cuya cabeza visible era Largo Caballero, fueron las únicas organizaciones que lanzaron su protesta. ¿Cuál fué la labor de Caballero durante «los seis años indignos» de dictadura militar? Salvar la organización. A esto llaman los menopáusicos de la revolución de hoy «colaborar con la dictadura». Cumplir un mandato de las organizaciones, enfrentarse a los problemas para encauzarlos en beneficio de la revolución proletaria, responsabilizarse ante las masas es «colaborar con la dictadura». Quienes nunca estuvieron en parte alguna; los que tienen la virtud de no haberse equivocado nunca porque nada propusieron; quienes nunca actuaron; los ilustres desconocidos del movimiento obrero, acusan a los demás por haber cumplido el deber que les impuso la organización.

Quienes nada hicieron ni dijeron al advenimiento de la dictadura militar era lógico que nada hicieran para derrocarla. El P. S. y la U. G. T., cuya cabeza visitable era Largo Caballero, hicieron triunfar la tesis de que la lucha contra la dictadura debía desdoblarse

en lucha contra la monarquía. Y cayó la dictadura y después la monarquía. En el primer bienio republicano, contra los socialistas, particularmente contra Largo Caballero, se concitaron los odios de jesuitas, monárquicos de toda laya, republicanos, comunistas y anarquistas. Campaña más baja, más ruín, más encanallada no se registra en la historia de España. ¿Por qué esta campaña? Es de suponer que por el enorme delito de haber propuesto en Consejo de Ministros que se armara al pueblo para acabar con las provocaciones de la reacción.

Salieron los socialistas del Gobierno. Largo Caballero habló a la clase trabajadora española y se produjo una total basculación de fuerzas. Si días antes trataron de hundirlo con la difamación, ahora, quienes más lo difamaron lo elevan al cénit de la representación revolucionaria. En pocos meses los incapaces de comprender el desarrollo de nuestra revolución hicieron cambios totales, mientras el líder seguía siempre el mismo, fiel intérprete de la necesidad del movimiento en cada una de sus etapas.

— V —

Se preparó, vino y pasó Octubre de 1934. Quienes boicotearon el movimiento hasta pocos días antes de producirse, tienen la osadía de reivindicar para sí la gloria de dicha gesta proletaria. Todos estuvieron en Octubre. ¿Estar en Octubre! ¿Es esa la misión de un partido y de un líder? Lo marxista es prever el desarrollo del proceso revolucionario, adelantarse a él, encauzarlo, medir el resultado previsible y recoger para el mañana las enseñanzas que se desprenden del movimiento. Y esto es lo que hizo el camarada Largo Caballero. ¿Estar en la revolución! En la hora de la fatalidad histórica están en ella hasta quienes la niegan o no la desean.

Días después de salir de la cárcel, Caballero, en el homenaje a Jiménez de Asúa habló y señaló la próxima sublevación militar. Su visión revolucionaria, que no es sino el resultado de un profundo conocimiento de la realidad española, hizo que la parte del proletariado español de mayor conciencia de clase viera en él al líder indiscutible de la revolución. Anarcosindicalistas, comunistas y socialistas no titubearon en proclamarle el conductor del proletariado hacia su emancipación total. Y con las mismas características que Caballero previó estalló el golpe militar fascista del 18 de julio 1936. Mientras los gobernantes titubeaban Caballero lanzó la consigna: Armar al pueblo. Aunque tarde se armó al pueblo pero siempre con recelos.

Ante el peligro de que todo se desmoronase, por la incapacidad manifiesta de ciertos gobernantes, Largo Caballero recogió el gobierno, y el pueblo no titubeó en llamarlo el «Gobierno de la Victoria», por ser la representación auténtica de todas las fuerzas antifascistas. Por eso el resultado de su labor fué tan enorme. Incorporó a todos los partidos y centrales sindicales a la responsabilidad de poder; normalizó la vida civil de la España leal; levantó el espíritu popular, creó el ejército que nos llevará a la victoria y dignificó a España ante el Extranjero. No es este lugar oportuno para comparaciones, pero quien quiera puede hacerlas.

— VI —

Han habido irresponsables capaces de hacer objeciones al hecho de que Francisco Largo Caballero haya incorporado a la responsabilidad de Gobierno a la Confederación Nacional del Trabajo. Han afirmado que no pueden «hacerse solidarios ante la historia» de ese hecho, que sin duda alguna es el acontecimiento social más grande que registra la historia del proletariado internacional. Queremos recoger aquí lo que ya dijimos en otro lugar.

El Partido Socialista Obrero Español, desde el primer día de su fundación, ha venido defendiendo la intervención política de la clase obrera. Su labor de cincuenta años ha sido fundamentalmente de capacitación política de las masas. Contra el apoliticismo anarquista y contra la demagogia de los partidos monárquicos y republicanos que defendían el apoliticismo de los trabajadores, el Partido Socialista ha reñido las más arduas contiendas. A pesar del apoliticismo anarquista, el P. S. O. E. y la U. G. T. consiguieron la adhesión de la C. N. T. para la revolución política de agosto de 1917. A pesar del apoliticismo político de la demagogia monárquica, se consiguió la intervención política electoral de las masas de la C. N. T. para el advenimiento de la República. Por intermedio de las Alianzas Obreras la C. N. T. contribuyó al glorioso movimiento de 1934 en Asturias, y después, nuevamente la C. N. T. contribuyó electoralmente al triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. La sublevación fascista acelera el nuevo ciclo histórico y la C. N. T. se pone al lado del Gobierno en la guerra contra el fascismo internacional.

Estos antecedentes de colaboración política eran circunstanciales, no obedecían a un reconocimiento táctico y sistemático de la necesidad de la lucha política. Pero llega un momento en que el P. S. O. E. ve logrado su afán de medio siglo. El peregrinaje de nuestro Abuelo, de nuestro Pablo Iglesias, por todos los pueblos de España, luchando contra la ignorancia de las masas y el salvajismo caciquil; el martirio de aquel hombre prodigioso que sufrió el calvario de todas las ignominias del cainismo hispánico, obtiene un triunfo definitivo con la intervención de la C. N. T. en la política del país, en la responsabilidad de gobierno, atendiendo al llamamiento del camarada Largo Caballero.

Después de este hecho, no es de extrañar que en el Congreso de Sindicatos levantinos de la C. N. T., celebrado en Alicante, se hayan adoptado acuerdos como los siguientes:

«Reconocimiento categórico—dice la resolución—de la conveniencia de intervenir en la dirección de la política de España, en todos los organismos desde donde se rija la marcha de la guerra, la organización jurídica, la organización político-administrativa y el control de la economía. Y se añaden, para la ejecución del acuerdo, las siguientes medidas prácticas: «Primero, colaboración condicionada con todos los antifascistas, en el período de la guerra; segundo, participación en el Poder; tercero, representación proporcional en el Gobierno y sus órganos representativos y ejecutivos; cuarto, realización jurídica de la democracia social, etc.»

Y esto, que es el triunfo marxista más grande que registra la historia de las luchas internas de la clase obrera; que viene a demostrar la justeza de la tradicional línea revolucionaria del P. S. O. E., esa conquista que por sí sola justifica el paso de un hombre por el movimiento social español, eso que pone en vía de anular para siempre las discordias intestinas entre los dos sectores del movimiento sindical que tanta sangre fraterna nos ha costado, con eso *no pueden solidarizarse* lógicamente, los irresponsables.

— VII —

Como respuesta a una consigna, la salida de Largo Caballero del Gobierno, gracias a una crisis cuyas consecuencias algún día juzgará la clase trabajadora, se inició contra él una nueva campaña de difamaciones, por quienes pocos días antes aún lo ensalzaban y le mandaban mensajes de adhesión. Y, como siempre, contra la recia personalidad, tan hispánica y tan socialista, del camarada Caballero, se estrellaron todos los aventureros de la revolución y de la política.

Primeramente se le quiso ridicularizar. Esto demuestra el poco conocimiento que tie-

nen de la psicología española esos tales señores. Ignoran que la personalidad hispánica está más allá del ridículo. Como vulgares cocotas de salón mundano, se entretuvieron contándole los años. Ignoran estos «señoras» del devaneo político que los hombres representativos están más allá de los años, pues dejan de tener representación cuando dejan de tenerla, sean jóvenes o viejos. Si Bolívar fué un genio hasta los 47 años, Lenin hasta los 54 y Marx hasta los 65. Si Bebel fué el conductor más firme del socialismo alemán hasta los 73 años, Engels murió a los 75 siendo el continuador por excelencia de la obra marxista. ¿Por qué entonces Largo Caballero, únicamente él tiene una valla en sus 68 años para que desde ahí no pueda ser lo que ha sido hasta la fecha, el líder insustituible de la Revolución Española? Los sietemesinos de la política al dictado no nos lo demuestran, y queriendo liquidar a Caballero, resulta que, a estas horas, aparece su persona más firme que nunca, señalando el camino a la clase trabajadora, mientras los «señoras», lo suficientemente impersonales para temer al ridículo, han vuelto al anonimato de donde no debieron haber salido.

Fracasado el ridículo se acogieron a la calumnia. Una trailla de pescadores en río revuelto, sin la menor noción de responsabilidad, sin fijarse en el grave daño que hacían a la causa de la República, lanzaron consignas exigiendo responsabilidades. El afán de confundir al pueblo a fuerza de gritos fracasó una vez más. Al cabo de los meses los vociferadores se han visto enfangados en aquella responsabilidad que ellos exigían a los demás y ahora callan como zorros hipócritas. Ahora, que nadie hable de responsabilidades, porque eso es *trotskismo*, palabra de salvación que han encontrado para aturdirse a sí mismos. El Partido Socialista inculca a sus afiliados la suficiente moral como para no hacer el juego al fascismo en estos momentos. Tampoco perderemos el tiempo con vociferaciones, pero lo que sí afirmamos es, que cuando hayamos liquidado el pleito con el fascismo, exigiremos a la clase trabajadora que juzgue a todos, que haga justicia de clase, para tener la satisfacción de ver colgar de la picota pública a quienes con manifiesta incapacidad y falta de espíritu de clase no cumplieron con su deber de revolucionarios.

— VIII —

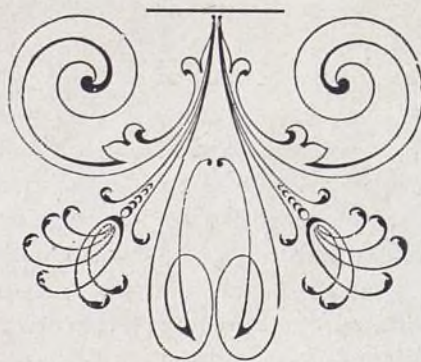
Después de trece meses de contienda, valorada la obra del Gobierno Largo Caballero en relación a la guerra, a la revolución y al problema internacional, nos vemos obligados a reconocer que su línea era la exacta. Como socialistas no podemos regatear el apoyo incondicional a este Gobierno o a cualquier otro que se forme en el transcurso de la guerra contra el fascismo, mientras sea acatado por nuestro partido, pero no nos cabe ningún género de duda de que se impone una rectificación en la dirección de nuestra política nacional e internacional.

El hombre está ahí. Firme en sus convicciones. Integralmente socialista. Intérprete máximo de la revolución española. Líder insustituible de la clase trabajadora en la actual tarea de luchas. Contra él se han estrellado los de la mala fe y el zancadilleo. Con él está la clase trabajadora construyendo la España del mañana, una España no subordinada al interés de ningún Estado sino al interés de la Revolución proletaria.

Se nos dice personalistas a quienes seguimos la misma trayectoria socialista que Largo Caballero, que no es de él sino del socialismo, y nos lo dicen quienes, a falta de dirigentes españoles, exportan no sólo consignas sino también fetiches que nada saben de nuestra realidad. Los que han inundado a España de ídolos e idolillos de menor cuantía, nos dicen a nosotros personalistas. Son los stajanovistas de la desfachatez. Marxistas, que

del marxismo saben lo que aprendieron en algún manual de citas con fichero, quieren hacer del marxismo una fórmula sin emoción humana. Repiten muy a menudo la frase de Marx: «Los hombres son nada, el tiempo lo es todo». Y esta frase, así, suelta, como de fichero, no dice nada, es confusionista. Para ellos el socialismo es una teoría que se desarrolla en el tiempo y los hombres son elementos de comprobación de la realidad de la teoría. Precisamente lo contrario del marxismo. Porque si Marx dijo «los hombres son nada», es en cuanto a abstracción humana, jamás en cuanto a realidad de clase, y en último caso ante el cumplimiento del deber revolucionario. Y si dijo «el tiempo lo es todo», es porque cada etapa del proceso revolucionario se cumple en un tiempo determinado, pasado el cual fracasa la revolución, si los hombres, los trabajadores, no se sacrificaron sin darse ningún valor para dárselo todo al imperativo histórico del tiempo. Mas, para Marx, la revolución proletaria se hace con los hombres y para los trabajadores. El no pudo dar categoría absoluta al tiempo, como materialista dialéctico que era, porque entonces se hubiera confundido con un idealista kantiano.

La Revolución Socialista se hace con los hombres y para los trabajadores. Marx nos lo enseñó así, Lenin nos lo demostró con la Revolución Rusa y Largo Caballero nos lo señala en el proceso de la Revolución Española. Estamos viviendo en España tiempos de revolución; desdichados de nosotros los trabajadores si no sabemos valorar objetivamente nuestra misión. Largo Caballero nos la ha indicado y los trabajadores se van dando cuenta de que él se situaba en la realidad que el tiempo y la lucha de clases exigían y exigen. Aún es tiempo de rectificar, y ahora sí que es verdad que el tiempo lo es todo.



La tarea ingente del movimiento Sindical Español

Por **CARLOS HERNÁNDEZ ZANCAJO**

El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores

Es verdaderamente curiosa la ola apolítica desatada contra la participación de los Sindicatos obreros en los organismos del Estado. La pasión dogmática de estos nuevos revolucionarios, les ha conducido, por defender una posición indefinible, a una de las mayores aberraciones políticas, en la historia revolucionaria del proletariado español. Ni táctica ni teóricamente, hay nadie que pueda defender semejante dislate, como no sea quienes por conseguir sus fines cargan con bagaje tan reaccionario como el que sostienen nuestros críticos. El Partido Socialista Obrero Español ha tenido como norma infiltrar sabiamente, sin dejar de respetar la democracia sindical, el espíritu socialista en las secciones de la Unión General de Trabajadores. Construyendo su trabajo con las premisas sustentadas en el Manifiesto Comunista, estimó siempre que la acción política y la acción económica de la clase trabajadora estaban indisolublemente ligadas y para constatarlo trabajaron siempre de común acuerdo ambas organizaciones desde un plano nacional.

Jamás la organización obrera de la Unión General de Trabajadores fué menospreciada ni subestimada por el Partido Socialista. Al contrario, si el Partido Socialista se le motejó alguna vez, fué por ser «excesivamente obrerista», hasta el punto de que repetidas veces Pablo Iglesias hubo de justificar esta «desviación» de forma incontrovertible. El Partido Socialista jamás fué un partido político cualquiera. Fué siempre, el partido político de la clase obrera. Fué, como expresaron Marx y Engels, la minoría selecta de la clase trabajadora organizada. Tanta importancia concedió nuestro Partido a la Organización sindical que nadie puede pertenecer a él si previamente no está organizado en la Unión General de Trabajadores.

Es muy natural este procedimiento, puesto que la rebelión contra los explotadores ha surgido de los explotados mucho antes de nacer el socialismo científico. «El Manifiesto Comunista—dice Engels—tenía por objeto anunciar la próxima desaparición de la propiedad burguesa», propiedad que mantiene las diferencias de clase. Luego había que organizar la clase trabajadora y dotarla de las armas necesarias para abatir un régimen desigual. Los sindicatos obreros tenían, como fin inmediato, su mejora económica y reunían en sí a todos los trabajadores, sin distinción de ideologías, contra su enemigo común: el capitalismo. Para el socialismo esta sola fórmula no era suficiente, porque el socialismo es algo más que un método para elevar la condición económica de la clase explotada. El socialismo es una ciencia que aspira a transformar la sociedad y tiene, por consiguiente, su filosofía, su economía, etc. Luego la escuela socialista necesitaba aglutinar en su seno, no sólo a quienes aspiraban a su elevación económica sino también a quienes estaban conformes con su doctrina y sus fines.

Dentro de este contenido ha venido trabajando el Partido Socialista Español. Y ha procurado siempre hacer comprender al Proletariado que sólo con la lucha de clases

en el terreno económico su emancipación sería incompleta. ¿De qué nos sirve la independencia económica si carecemos de independencia política? Esta fase fué ampliamente vivida por el proletariado español durante los años 1931-32. Entonces la elevación económica de la clase trabajadora la permitió comprender, cómo si no hubiese sido por el derrocamiento de la monarquía y la conquista del Poder político por la coalición republicano-socialista, sus condiciones de trabajo hubieran permanecido intangibles. El cambio de forma política en nuestro país consiguió más que cincuenta años de lucha contra la clase patronal. Y más tarde volvió a comprenderlo mejor cuando la reacción se encaramó al Poder y el índice de salarios cayó verticalmente. Tal experiencia fomentó la conciencia revolucionaria del movimiento obrero español. En tiempo corto, pero suficiente, para demostrar al mundo, con las jornadas de octubre, que no era tarea sencilla anular la marcha escendente de la clase trabajadora.

Ayuda política del movimiento sindical

Tanto antes como después de las jornadas de octubre, los partidos políticos, obreros y republicanos, llamaron clamorosamente a los sindicatos para que contribuyeran íntegramente a reforzar el movimiento revolucionario contra la Monarquía primero, y contra la reacción, después.

Las elecciones municipales de 1931 fueron financiadas en su mayor parte por los Sindicatos y la papeleta electoral fué manejada intensamente por los sindicatos. Las elecciones para las Cortes Constituyentes fueron apoyadas por el movimiento sindical y las elecciones de 1933 se perdieron por la contracción de esta parte del cuerpo electoral. Octubre se preparó con la contribución de los Sindicatos, por medio de llamamientos encendidos en los que no dejaba de figurar la consigna de entonces: «La revolución no es obra de un Partido, es obra de la clase trabajadora». Claro está que por aquella época el proletariado vinculaba su adhesión al grito juvenil: «Todo el Poder para el Partido Socialista». No, nada del Poder para un Partido. La revolución la hacía el pueblo y pertenecía al pueblo. Esta tesis se mantuvo asimismo después de octubre. El Frente Popular sustituía el Comunismo integral. Nada de consignas totalitarias, ni Partidos con programas totalitarios. Movimiento popular, trabajo popular, revolución popular, Gobierno popular, prensa popular, etc. Todo era popular. Ni sindicatos ni Partidos. El pueblo por encima de todo matiz y sobre toda ideología....

¿Qué es el frente Popular? Hemos visto crecer y desarrollarse el Frente Popular. Hemos visto pedir su fortalecimiento (?) pero no hemos visto ninguna política de Frente Popular. Dentro del Frente Popular se ha erigido en vocero el más audaz, señalando directrices, admoniciones y excomuniones como si el Frente Popular fuera una sola organización y el resto hubiera desaparecido en la vorágine de la guerra. A esta exclusión política se ha querido agregar la exclusión de los Sindicatos desde un punto de vista práctico y teórico. ¿Por qué? He aquí la cuestión.

El nuevo "economismo" de los pseudo-marxistas

Querer eliminar los sindicatos de la intervención del Estado, es tanto como querer evitar que entren en los organismos del Estado. En su tiempo, Marx se produjo contra tal desviación, como en el suyo se manifestó Lenin.

El «cartismo» de las Trades Unions hizo concebir ciertas esperanzas a Engels para presumir que la clase trabajadora de la Gran Bretaña estaba muy cerca de dar

al traste con su burguesía, pero cuando las Trades Unions abandonaron toda clase de política para encuadrarse solamente en la lucha gremial, tanto Marx como Engels enjuiciaron duramente su conducta.

Cuando ciertos «revolucionarios» rusos pretendían evitar la intervención política de la clase trabajadora rusa, Lenin se lanzó furiosamente contra estos «economistas» y planteó de frente la «indisolubilidad de la economía y la política». La lucha contra los «economistas» fué una de las etapas más duras que sostuvo Lenin por mantener el espíritu vivo del socialismo marxista obteniendo un triunfo rotundo y categórico.

¿De qué texto ha surgido esa rara consigna de que los sindicatos son puramente órganos administrativos sin derecho a participar en las tareas del Estado? Si precisamente el propósito de todo partido de clase es transformar la mentalidad de los trabajadores, primero organizándolos y después haciéndoles socialistas, ¿cómo se les quiere prohibir que intervengan allí donde precisamente tienen que acreditar su espíritu? Magnífica forma de cultivar la política en la clase trabajadora alejándola de la intervención política.

¿Desde cuándo los Sindicatos no deben intervenir en política? Nuestro Partido, el Partido Socialista, tiene en su seno Sociedades obreras que han hecho profesión de fe socialista. Y toda organización obrera que acate los Estatutos y acuerdos de nuestro Partido, puede pertenecer a él de igual forma que los Estatutos de la III Internacional admiten a cualquier organización sindical que esté de acuerdo con ellos. Luego no existe diferencia alguna entre Sindicatos y Partidos cuando el contenido político es idéntico, porque de existir, ni nuestra organización política nacional, ni la organización comunista internacional, daría cobijo a las organizaciones sindicales, que según «nuestros epígonos» no tienen nada que hacer en política. Pero el problema no es este. No se trata de determinar quién debe o no intervenir en política, puesto que por ser la lucha social un fenómeno que comprende a todas las capas sociales, es inútil excluir a ninguna de ellas.

Madurez revolucionaria del proletariado español

Como hemos dicho antes, la clase trabajadora española ha adquirido una verdadera madurez revolucionaria en las últimas décadas. El desencadenamiento de la guerra civil se ha producido en momentos en que los sindicatos habían atravesado todos los procesos necesarios a su formación política; dictadura militar, conspiración contra la Monarquía, elecciones de abril, instauración republicana, período constituyente, reacción lerrouxista, insurrección de octubre, elecciones de febrero, deposición de Alcalá Zamora, etc. Los sindicatos cubrieron las trincheras en los primeros días de julio, movilizaron las industrias y ocuparon todos los puestos de responsabilidad. En suma, organizaron el frente y la producción. El Gobierno Largo Caballero, al incorporar las fuerzas sindicales a la dirección de la política nacional, no hizo otra cosa que reconocer la capacidad del movimiento obrero organizado. Pero no es suficiente que lo digamos nosotros. Julio Deuchs, al visitar nuestro país mostró su asombro ante tal realidad. Los sindicatos españoles, esto es, sus militantes, han dado enormes pruebas de capacitación técnica y administrativa en los centros de trabajo como la han dado en su concepción política en los órganos del Estado. ¿Que hubo y que hay excesos? Naturalmente. ¿Qué revolución no los contiene? Pero con todos sus errores está ampliamente demostrado que la reestructuración de nuestro país, a partir de la sedición, se ha producido en condiciones ventajosísimas a las de cualquier otro Estado, no sola-

mente en su período revolucionario, sino en cuanto a su intangibilidad estatal en guerra contra otro Estado. La propia política internacional que siguen los países democráticos en relación con el nuestro, no es otra cosa que la consecuencia de creer en nuestra total y rápida destrucción como pueblo y como organización social.

Pues bien. Toda esta labor ingente corresponde a la clase trabajadora organizada sindicalmente. Este es el valor de nuestra revolución y los motivos de su grandiosidad. En nuestra historia, en la historia de la revolución española figura y figurará siempre esta potencialidad de nuestro movimiento obrero, constantemente refrescado por revolucionarios y reaccionarios. Nuestro movimiento sindical es una organización típica de nuestro país y por ello no aceptó jamás plagios de otras naciones. Los rusos hubieron de organizarse en soviets, a falta de organización sindical. Y esta consigna «metida hasta en la sopa» por «nuestros» comunistas se está perdiendo en el espacio de los tiempos. España posee sus características propias y forja su revolución con arreglo a sus condiciones. Y una de sus condiciones es el potente movimiento sindical obrero. Ese movimiento que hacía perder la cabeza al señor Maura en las Constituyentes y que tanto volvió a preocuparle en las Cortes ordinarias.

Entre otras cosas, la garantía de nuestro triunfo, consiste en este potente y magnífico movimiento sindical organizado y cuya capacidad ha servido, además de elevar muy alta su concepción constructiva, para poner en evidencia la pequeñez de ciertos politiquillos que consideran el socialismo como una fórmula de botica. El odio al Sindicato no es el odio a una capacidad superior. Los especuladores de la revolución se han visto frente a una Ley de concurrencia demostrando con ello su falta de sinceridad revolucionaria. Porque un revolucionario sincero debe ver en la maduración sindical, no un adversario sino un aliado insuperable que le facilita el camino de la victoria en sus más variados aspectos.

Nuestra política Sindical es política Socialista

Para un verdadero marxista es insuficiente analizar los hechos por lo que son, si no se examinan por las circunstancias que los originan. ¿Por qué han cumplido con su deber los Sindicatos? Porque han tenido una orientación socialista. Porque sus mejores dirigentes son socialistas. Porque sus concepciones socialistas tienen un marchamo socialista. Precisamente sabemos de Sindicatos dirigidos por advenedizos, más sujetos a las consignas de su partido que de la Unión General de Trabajadores, que han hecho todo lo contrario; que han usado los intereses generales a su servicio gremial, que se han opuesto en su conducta a las decisiones generales y que han protestado hasta enronquecer cuando se les ha mermado sus atribuciones particulares para darlas una amplitud general.

Los sindicatos de la Unión General de Trabajadores, son socialistas por táctica y por sentimiento, por educación y preparación. Por ser socialistas han realizado cuanto han hecho. Por ser socialistas se les combate. Nadie, absolutamente nadie, posee una prueba para demostrar lo contrario. Y, sin embargo, los Sindicatos poseen innumerables para atestiguar cuanto decimos.

El movimiento sindical español ha cumplido con su deber. Cuando llegue el día de hacer balances veremos a este coloso levantarse implacablemente y aplastar a los incompetentes pigmeos que a falta de otra tarea constructiva se dedican a labrar incesantemente a los verdaderos constructores de la nueva sociedad.

La Nacionalización de las Industrias de Guerra

Por PASCUAL TOMÁS

Estamos acostumbrados a leer diariamente en periódicos que se denominan órganos de partidos políticos, manifestaciones tendentes a reclamar la implantación en la retaguardia de una política de guerra a virtud de la cual se acentúe la producción a tono con las exigencias del momento.

Algunas veces los comentarios que estos periódicos formulan, rebasan los límites de una crítica imparcial, elevada y justa, para caer de lleno en una manifestación de violencia contra organizaciones y hombres que han dado y están dando por la guerra todo lo que el deber de unas y otros reclama.

Hay críticos que lanzados en su carrera loca para combatir a la organización obrera y a sus hombres, se olvidan de algo que es fundamental, a saber: «Que en la casi totalidad de las provincias leales a la República, en las primeras semanas de subversión militar, se constituyeron, sin permiso ni autorización del Gobierno, Consejos ordenadores de la economía integrados por representaciones de todos los partidos políticos y de todas las organizaciones sindicales, que han estado actuando sin que sus resoluciones impuestas y de obligada obediencia, hubieran sido previamente conocidas por el poder público responsable. El resultado lo estamos sufriendo ahora».

Vamos a examinar con la mayor objetividad posible estos problemas, rogando para lo futuro a nuestros críticos que procuren usar de argumentos verídicos y sobre todas las cosas, «no olviden que algunos de los casos que ellos señalan obedecen a determinaciones adoptadas contra el criterio de la organización y contra el criterio del Gobierno».



La Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, en cumplimiento de un deber elemental, quiso conocer por sí misma la verdadera situación de la industria, del comercio y de las explotaciones agrícolas, y, a tal efecto, sus hombres responsables fueron en peregrinación por las provincias de la España leal para examinar los problemas que la guerra había planteado a los trabajadores.

El examen nos facilitó la posibilidad de comprobar que la organización obrera «tuvo forzosamente que hacerse cargo de la dirección de la industria porque en un noventa y ocho por ciento de los casos la clase patronal había desaparecido o había sido detenida por desafecta al régimen, quedando en medio de la calle abandonadas las fábricas y los talleres en las provincias leales».

¿Cuál era el deber de la organización obrera en aquellos momentos? El deber no podía ser otro que el de recoger la industria abandonada, encauzarla y dirigirla según las posibilidades de cada región y de cada industria.

La Unión General no podía dejar a las organizaciones obreras en plena libertad para que continuaran dirigiendo por sí mismas las industrias, sin que se articularan nacionalmente unas normas a virtud de las cuales los Comités de Taller y de Fábrica creados en los primeros días de la subversión sin control apenas de la organización, fueran desapareciendo y en vez de ser los obreros de un taller determinado los que señalaran el trabajo que se había de realizar y la forma de producir y de distribuir los productos, fuera la organización de acuerdo con el Poder público quien recabara para sí plenamente esta función social.

«Consecuente con este pensamiento, la Unión general, en diciembre de 1936, pidió al Poder constituido la nacionalización de las industrias de guerra y de todas aquellas que con la guerra tienen una relación directa.»

El pensamiento que animaba a la Comisión Ejecutiva, y que sigue fiel a él, cada día con mayor devoción, queda sintetizado en estas palabras: «Las industrias de guerra, sidero-metalúrgica, transportes terrestres, marítimos, ferroviarios, banca, alimentación, textil, químicos, mineros, gráficas, han de ser nacionalizadas.»

El Gobierno recoge en sus manos toda la economía que representan las fábricas y los talleres, las minas y los campos, señalados como integrantes de las industrias mencionadas, y el Poder público, una vez en su poder toda la economía, la entrega en usufructo a las grandes Federaciones de industria las cuales aceptan la responsabilidad de dirigir técnicamente la industria específica a la cual rinden su trabajo.

El Gobierno, al nacionalizar la industria y entregarla en usufructo a las Federaciones Nacionales respectivas, reserva para sí el derecho indeclinable de nombrar los elementos técnicos indispensables para garantizar el trabajo que en las fábricas se realiza y para tener a su vez la seguridad absoluta de que toda la producción era entregada al Poder público para que éste lo distribuya según las necesidades de la población española.

De la misma manera que al Poder público se le reserva el derecho a nombrar los elementos técnicos garantía del trabajo específico, el Gobierno ha de reservarse también la designación del personal administrativo, para que el dinero que el Estado adelanta a las industrias nacionalizadas, tuviera el Gobierno la garantía plena de que era aplicado en su totalidad a la explotación de la industria en el tono científico que las circunstancias modernas exigen y reclaman.

Las Federaciones Nacionales de industria conjuntamente con los técnicos y con los administrativos designados por el Gobierno, quedaban encargadas de ir centralizando las factorías y los talleres para sumar los medios de producción empleados de una manera razonada y justa, cosa que no tuvieron jamás en cuenta los elementos capitalistas. Este es nuestro criterio.

Defendimos entonces y defendemos hoy este punto de vista porque en la industria sidero-metalúrgica, por ejemplo, hay poblaciones de la España leal que tienen centenares de pequeños talleres dedicados a la construcción y reparación de maquinaria. Esos talleres, por la diversidad de elementos que los integran, son de escasa utilidad para los servicios de guerra. En cada uno de estos talleres se ha constituido un Comité de Fábrica que dirige a su manera la explotación, que se considera amo de la maquinaria y de los productos, que libremente contrata la producción y que en algunos casos se rebela contra la actitud del Sindicato pretendiendo volver al antiguo gremialismo de siglos pasados.

La Comisión Ejecutiva de la U. G. T. para acabar con este mal, no encontró una solución más apropiada que la de nacionalizar la industria y entregarla a las Federaciones de industria, porque entonces las Federaciones irían reuniendo los pequeños talleres en grandes concentraciones industriales de acuerdo con los técnicos y teniendo en cuenta la maquinaria disponible, diría qué artículos debían ser fabricados en cada uno de estos talleres y señalaría unas normas de producción y de administración a virtud de las cuales la organización estuviera siempre en condiciones de poder responder de los compromisos contraídos ante el Gobierno de la República.

La tarea no es sencilla. Habrían de encontrarse y se encontraron en el camino innumerables dificultades, pero para la Comisión Ejecutiva de la U. G. T. esas dificultades

tades no podían ser motivo para contemplar en silencio el desconcierto económico que la guerra había provocado en la retaguardia y consciente de su deber le dijo al Poder público cómo podía corregirse ese mal y cuál era su posición ideal como expresión indiscutible de colaboración y de lealtad con el Gobierno de la República.

Después de haber hecho público el pensamiento de la Comisión Ejecutiva se ha continuado la propaganda, llevando esta idea, sucintamente reflejada en los párrafos anteriores, a todas las provincias de la España leal.

Declaremos con franqueza y con cierto orgullo que las ideas expresadas por los hombres de la U. G. T. encontraron la adhesión entusiasta de la masa obrera que ansía en estos momentos corregir aquellos errores que las circunstancias le obligaron a cometer en momentos difíciles para todos.

Para dar pública sensación de este criterio, los Sindicatos de la U. G. T. enviaron millares de telegramas al Poder constituido. En el archivo de la Presidencia del Consejo de Ministros, del Ministerio de Hacienda y del Ministerio de Industria, estarán seguramente más de ocho mil telegramas enviados por nuestros Sindicatos en los cuales se pedía al Gobierno de la República la nacionalización de la industria.

Declaremos—porque ello es una verdad innegable—, que la persona que presidió hasta el mes de Mayo el Gobierno de la República era, y lo es, como nosotros, un defensor entusiasta de la nacionalización de la industria. ¿Por qué no se ha nacionalizado la industria en España? ¿Por qué no se han corregido las deficiencias por nosotros señaladas?

No es a la U. G. T. a quien debe de pedírsele explicaciones. Háganlo, los que hoy se consideran con derecho a ser críticos de nuestra labor, a algunos hombres que integran e integran el Gobierno de la República para ver si tienen la fortuna de convencerles, de la conveniencia, mejor dicho de la necesidad, de nacionalizar la industria.

«La U. G. T., sus elementos dirigentes, no pueden hacer otra cosa más que buscar una solución justa a los problemas planteados, elevar su pensamiento ante el Gobierno de la República, señalar como es su deber, las razones por las cuales se argumentaba y se defendía el criterio de nacionalizar la industria. De ahí no se podía pasar, porque de haber realizado otra cosa hubiera significado un atentado a la autoridad del Poder constituido, cuyos más fieles guardianes hemos sido nosotros a pesar de la crítica baja y a veces ruín de quienes buscan todos los defectos de la organización obrera para mostrarlos a la luz pública, sin que jamás acompañen a la exposición de los errores la posibilidad de corregirlos y el deseo de salvarlos.»

No se ha cerrado aún el camino que puede conducirnos a la nacionalización de la industria, pero quede constancia pública de que en su momento la hemos defendido y hemos divulgado su conveniencia por toda la España leal. Cuando nadie se atrevía a llegar a los pueblos y a las ciudades dominadas en muchas ocasiones por elementos que se ha dado en llamar incontrolables, la U. G. T. habló en estos pueblos, combatió los errores, señaló las causas que los producían, expresó a su vez la forma de corregirlos, para poder tener, como tienen hoy, la tranquilidad de conciencia que da a todo hombre el deber cumplido.

Si mañana el Gobierno de la República acepta nuestros principios de nacionalización introduciendo todas aquellas modificaciones que el interés colectivo demande, encontrará el Gobierno de la República en cada uno de nosotros un defensor entusiasta de esta idea, que ha sido desde la subversión militar la preocupación constante tenida por nosotros para salvar la economía y facilitar todo cuanto la retaguardia exige para la defensa de la independencia y la libertad de los españoles.

PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN

ATENCION A LOS PELIGROS DEL DESARROLLO

DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

Por MANUEL ADAME

En nuestra España se ha operado un cambio profundo en los métodos de explotación de la riqueza nacional. La sublevación militar-fascista a que hace frente el pueblo español con las armas, dió desde su comienzo por consecuencia—con la reacción justa del proletariado—la intervención de las industrias fundamentales, del comercio y de las grandes extensiones de tierra, realizada bajo los auspicios de las organizaciones sindicales del país. Esta medida de los sindicatos obreros, dada su singularidad, resulta el acontecimiento más importante de cuantos han acaecido en la hora histórica presente. Debido sin duda a su extraordinario desarrollo, nuestro movimiento sindical, sobre haber ofrecido la mayor resistencia a la agresión desencadenada por las clases y castas privilegiadas contra las conquistas populares, pudo evitar el derrumbamiento de una economía ya de por sí incapaz de soportar en pie la prueba de la guerra presente. El milagro de que nuestra raquífica economía no cayera verticalmente, y hasta de que haya podido mejorar su eficiencia en determinados aspectos importantes de la producción, se ha debido, sin lugar a dudas, a los métodos de explotación colectiva puestos en vigor por los organismos creados, sobre la marcha de las incautaciones forzosas, por los sindicatos obreros. Y lo hecho en tal sentido adquiere mayor relieve, rasgos más acusados, por lo mismo que todo ha sucedido de manera espontánea, al margen de un Estado desarticulado e impotente ante la sublevación. Es decir, sin la orientación del Poder público, enfrascado en la descomunal tarea de improvisar elementos de combate que oponer a casi todo el Ejército alzado contra él.

En tamaña coyuntura, los tanteos, determinados más por el instinto que por la preparación, no podían dar por resultado planes acabados y direcciones enteramente ajustadas a las necesidades. Como no tenía por menos que ocurrir, se han multiplicado los ensayos desdichados, en los que el interés común, subordinado algunas veces a los intereses particulares, hubo de tener su quiebra. La gestión administrativa de la industria y del comercio—para la cual carecen en régimen capitalista de preparación suficiente las masas trabajadoras y hasta sus dirigentes—se presenta como un problema de los más difíciles de resolver en presencia de conmociones violentas. Ni la misma burguesía, con todo su aparato administrativo y su larga experiencia de los negocios, logra mantener el equilibrio de la producción y de la distribución entre los trastornos de la guerra. Esta origina un sin fin de nuevas necesidades y de relaciones especiales. De manera que la gestión de los Comités sindicales, convertidos por deber en empresas de producción y abastecimiento, ha sido y sigue siendo, algo ejemplar si se la considera en conjunto. El día en que se averigüe concienzudamente los obstáculos que tuvieron que remontar esos organismos improvisados, para poder cumplir una misión social abandonada por los patronos, y sin la cual la guerra ya se habría perdido, se echará de ver que las críticas que hoy se les hace están alimentadas por una pasión política poco respetuosa con la

realidad. Se están destacando todos los vicios de que ciertamente ha adolecido el sistema improvisado, sin compensar las críticas, con objeto de que fueran justas, con el reconocimiento explícito de los beneficios conseguidos. Por ejemplo: cuando se culpa del encarecimiento de la vida a los Comités responsables de la gestión económica, industrial y comercial, no se tiene en cuenta la situación creada con la escasez de primeras materias, con lo costoso de su importación, con la depreciación de nuestra moneda a consecuencia de la inflación forzosa creciente, etc. Y a buen seguro que, de permanecer en condiciones de propiedad individual el grueso de nuestra producción y de nuestro comercio, la carestía sería mucho mayor, porque el margen ganancial sobrepasaría al presente, con la particularidad de que el afán de lucro hubiera hecho descender la calidad de los productos.

Con lo alegado no negamos que nuestra producción actual adolece de un defecto capitalísimo: la carencia de coordinación. Por no estar sujeta a un plan, la economía española padece la inexistencia de métodos en consonancia con necesidades tan voraces como las determinadas por la guerra. Pero conviene advertir que esa falta sería más acusada sin la presencia de los métodos de explotación adoptados por los sindicatos. La propiedad individual, con su sistema caprichoso de producción, presentaría muchos más inconvenientes a la producción de guerra, que el de las colectividades obreras, que por lo menos se sujetan a planes parciales. De todas maneras es un hecho el que se sigue produciendo y comerciando sin concierto. ¿Puede continuarse así? Opinamos que no. La persistencia de producir y comerciar sin plan de conjunto puede conducirnos a una situación insostenible, si no de bancarrota. Los sindicatos deben comprenderlo así, para no echar sobre sí la tremenda responsabilidad que se derivaría de lo que, si resulta aceptable para hacer frente a circunstancias pasajeras, no debe considerarse como sistema capaz de abocarnos al socialismo. Ciertos impacientes han pedido ya, sin más ni más, el monopolio de Estado, que a tanto equivale la nacionalización de la tierra, de la industria y el comercio. El asunto, así planteado, reviste demasiada importancia para buscarle soluciones atropelladas. Se pudiera incurrir en el error de posibilitar el capitalismo monopolista de Estado, que es todo lo contrario, precisamente, de lo que ha de perseguir el proletariado con el Poder en sus manos. Es Lenin quien advierte: «El problema del Estado adquiere actualmente una importancia singular, tanto en el aspecto teórico como en el aspecto político práctico. La guerra imperialista ha acelerado y agudizado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La opresión monstruosa de las masas trabajadoras por el Estado, que se va fundiendo cada vez más estrechamente con los trusts omnipotentes de los capitalistas, cobra proporciones cada día más gigantescas. Los países adelantados se convierten en cárceles y en presidios militares para los obreros.»

Y ese peligro que, por lo que hace a España, no nos puede venir—por ahora—del desarrollo potencial de los trusts, nos pudiera llegar a causa de poner bajo la égida del Estado español actual, mediante la nacionalización, las principales actividades productoras del país. El peligro está en contribuir a que la «opresión monstruosa de las masas trabajadoras por el Estado», se funda «cada vez más estrechamente» con los intereses capitalistas. Ese peligro se acrecienta ante la guerra de invasión que se nos hace, no ya por los Estados fascistas, sino también, con caracteres de penetración distinta, por los Estados llamados democráticos. Todo marxista ha de coincidir en que en el período de transición debe ser el Estado quien dirija la economía. Pero para ello se precisa que el Estado esté por completo al servicio de los intereses de clase del proletariado, esto es, que deje de ser el Estado capitalista. ¿Lo es hoy el Estado español? No. Este Estado no

es aún el Estado representativo de los intereses del proletariado, y su misma configuración, tomada de los modelos de las Repúblicas capitalistas, lo hace más apto para la defensa y el fomento de los intereses de la burguesía, que para salvaguardar y acrecentar los intereses de las multitudes laboriosas. El enorme peligro de la nacionalización de las riquezas está, pues, en que nuestro Estado no ha sido transformado de acuerdo con la realidad social del país. Y un Estado así revertiría, de manera fatal, la economía al punto de partida del régimen capitalista. Los privilegios de clases y de castas renacerían al calor de un Estado que no puede funcionar al exclusivo servicio de los intereses que los sindicatos obreros representan en la producción industrial, en la explotación de la tierra y en el desenvolvimiento del comercio. Por lo mismo que el Estado no está por sobre las clases sociales, sino que ha de funcionar al servicio de algunas de ellas, precisamente empleando su autoridad contra otras, el Estado será lo que sea la clase social que tenga hegemonía en el mismo.

Se precisa, pues, para que las riquezas nacionales puedan pasar al Estado con garantía para los productores que se han apoderado de la tierra, de las fábricas y hasta del comercio, que la nacionalización de las mismas se efectúe por un Estado representativo, por manera exclusiva, de los intereses del proletariado y de los campesinos. Mientras no sea así, los sindicatos obreros—rigiendo la economía con todos los defectos que se le imputen—cumplen su papel revolucionario. El rescate de esos bienes por un Estado capitalista no puede ser defendido sino por los que vuelven la espalda a la clase revolucionaria hasta el fin: el proletariado. La entrega sin condiciones de la producción facilitaría el renacimiento y el desarrollo en nuestro país del capitalismo monopolista de Estado. Tanto más cuanto que todos los Estados capitalistas—los que nos hacen la guerra y los que parecen ayudarnos—pondrían a contribución influencias y recursos para que resultase de acuerdo con los intereses de los privilegiados. De donde resulta que la condición indispensable para que la nacionalización de la tierra, de la industria y del comercio—a fin de que el Estado pueda dirigir la economía en período de transición—aparezcan a los ojos de los trabajadores como medidas revolucionarias, es la de que el Estado se transforme de acuerdo con la nueva situación social de España. Y el deber de los marxistas, contrariamente a ciertas corrientes desformadoras de la doctrina, no puede ser otra que la plena lealtad para los intereses del proletariado, poniendo a contribución cuanto sea menester, no para buscar pretextos para despojar a nuestra clase, sino para afianzar y desarrollar sus conquistas.



AUTORES Y LIBROS

UNA GRAN NOVELA AMERICANA

“PARALELO 53 SUR” DE JUAN MARÍN.

Paralelamente al agudizamiento de las luchas sociales y al entronizamiento del despotismo político filofascista en las directivas de gobierno, aparece en el panorama cultural hispanoamericano la nueva literatura de tendencia social, de realismo social. La estructuración económica de los países hispanoamericanos, en evidente retraso, con relación a los imperativos económicos del moderno capitalismo, ha determinado a su vez un retraso en la aparición de las diferentes escuelas literarias, y en muchos de los casos, tanto como retraso ha habido confusión de escuelas en un mismo periodo. Aparte del romanticismo, denominador común de todos los tiempos en América(1), el naturalismo, novela psicológica, surrealismo, etc., han aparecido en el medio hispanoamericano con evidente retraso y en forma abigarrada. Cúlpele de ello a la anarquía de su estructuración económica en la que, junto a las últimas modalidades de la racionalización imperialista, perviven sistemas feudales de explotación y de un primitivismo selvático.

En relación con el paralelismo social-literario que hemos anunciado, es curioso observar un fenómeno que evidencia la interdependencia existente entre la literatura y la vida social. Así como los países europeos de menor progreso económico, Rusia, y por los síntomas también España, han sido los de mayor posibilidad para colocarse a la vanguardia de las más avanzadas innovaciones de régimen económico, en los países hispanoamericanos de mayor aletargamiento social, por razones bien sencillas pero que no vienen al caso, Ecuador entre ellos, han aparecido las novelas modernas de mayor contenido humano. Ahí están «CAMARADA», de Humberto Salvador, y «EN LAS CALLES», de Jorge Icaza, para evidenciarlo. Las mismas razones que justifican el hecho ruso y español en el problema político internacional son aplicables al fenómeno literario ecuatoriano en el proceso general de la cultura hispanoamericana. Pero tal fenómeno no se produce sin el mismo distintivo de retraso y confusión. Sólo así podemos explicarnos que en un ciclo de tiempo de seis años, además de las supradichas,

aparezcan en Ecuador novelas tan distintas en forma y tendencia como «El Desencanto de Miguel García», de Benjamín Carrión, novela de clave política; el desquiciamiento psicológico de una generación que se nos presenta en «Vida del Ahorcado», de Pablo Palacio; el realismo tropical de «Los que se van», de Gallegos, Aguilera y Gilbert; el naturalismo de «Horno», de De La Cuadra; el surrealismo de «Rio Arriba», de Pareja Diez-Canseco; el romanticismo de «Don Goyo», de Aguilera Malta y otras más. Esta confusión se nota a la vez en la casi totalidad de dichos autores en el proceso de su producción.

La interdependencia social literaria se comprueba una vez más en la literatura chilena. Chile es el pueblo hispanoamericano de mayor uniformidad en el proceso de su economía (dentro del ritmo general de desuniformidad hispanoamericana); de etapas más bien diferenciadas, muy en especial en lo que va de siglo, y a eso obedece la mayor uniformidad de sus etapas literarias. Ese fenómeno explica la aparición de «El Roto», de Joaquín Edwards Bello, y ahora «Paralelo 53 Sur», de Juan Marín.

«El Roto», como tipo básico representativo de la colectividad chilena, lo estudia Edwards Bello como elemento nacional, mejor dicho, como posible elemento integrador de lo que el novelista aspira sea su patria. Aparecida la primera parte de la novela en 1918 en París, es de suponer que fué ideada y planeada durante los años de la guerra europea, tiempos de crisis en las preocupaciones sociales, durante los que se puso en el primer plano de las inquietudes culturales el porvenir de las nacionalidades. Pero dejando para otro lugar un estudio más a fondo y meditado de esta interesante novela, hay que señalar en ella un acierto fundamental, el haber descendido, así se dice, al pueblo, al llamado bajo pueblo, para buscar en él el personaje constitutivo de la nacionalidad, elevándolo a la categoría de arte bellamente elaborado. Eso sí: «El Roto» fué para Joaquín Edwards Bello, una preocupación nacional, racial, más allá de las preocupaciones sociales, a no ser las implícitas que de todo fenómeno nacional se deducen pero que no constituyeron motivo en esta novela.

La novela social aparece en Chile una vez superada la etapa de las inquietudes nacionalistas, a la par que la agudización de las contradicciones económicas exacerban los antagonismos de clases. Novela de tal naturaleza es «Paralelo 53 Sur», de Juan Marín, médico de la armada chilena que une a sus preocupaciones médico-sociales una excelente y ya

(1) Sobre el romanticismo denominador común de todos los tiempos en América hemos escrito algo en extenso en nuestro estudio sobre la novela «Luzmila», del ecuatoriano Manuel E. Rengel, publicado en la revista «AMERICA», de Quinto. Sobre ese mismo tema ha escrito el peruano Luis Alberto Sánchez, palabras definitivas en su ensayo «América: Novela sin novelistas».

prolífica producción literaria. «Adelantado de la tierra sureña» se le ha titulado, por ser quien, en cumplimiento de misión oficial y profesional, en vez de entretener ocios de turista se recreó ante el paisaje, —soledades del oceano tormentoso y de planos prolongados hacia el infinito con su visión de nieve—, junto a la tragedia de unos hombres condenados a vivir allí, para convertirlos en documentación de deleite artístico y de emoción social.

¡Y qué hombres! Cazadores y pescadores furtivos, marinos, estibadores, contrabandistas, mineros, expresidarios, rameras, capitanes de industria, funcionarios alevosos y venales, gringos afanosos de enriquecerse a cualquier costa, indios y aventureros de toda laya, y en torbellino central los innumerables ganados de carneros haciendo compañía a la masa obrera, rebaño humano tan esquilado y explotado como el primero. ¿Cómo aparece en la novela la vida de este conglomerado humano? Cada capítulo es una emoción en la que se inicia y terminan las diferentes etapas narrativas. La tragedia de «Don Pepe», contrabandista de aguardiente a cambio de las codiciadas pieles de nutria, y su fuga con la india después de asesinar al marido; el cuadro de la pensión de Magallanes donde se hospeda Segundo Barría, nido obligatorio de miseria moral y material de los parias; el secuestro y botada al mar del líder obrero Salvador Ponce por una partida de esbirros al servicio de la clase patronal; la muerte de Barría, encerrado en el frigorífico, que le convierte paulatinamente en carne congelada, como a un carnero más al que se desprecia luego porque no sirve para la venta; la escena violenta y salvaje de los lavaderos de oro; del naufragio con su descripción terrorífica de las pasiones de los enrolados para el salvataje, acostumbados a jugarse la vida a cara o cruz; la soledad del faro de San Andrés, el crimen de la soledad aguijoneada por la avaricia que despierta el oro; la perforación petrolera con la subsiguiente revuelta que hace poner cara de espanto e indignación en nombre del orden y de la patria a quienes por su inmoralidad y egoísmo son autores del motín. Cuadros independientes entre sí pero que dan a la novela una visión de panorama orgánico. En cada uno de ellos la emoción se desborda y la tragedia crece por grados hasta convertirse en un agobio jadeante. Pero no es una emoción de artificio, de recurso novelístico, no. Esta emoción es tal por su verismo y por su actualidad. Quien conozca, por haber vivido en ellos, los medios de trabajo y de aventura del Sur de Chile u otros parecidos, no halla artificio en la novela de Juan Marín sino arte, un arte de realidades vitales expuestas con una sobriedad de estilo que contornea de verdad y belleza cada una de sus páginas.

La actualidad de «Paralelo 53 Sur» está demostrada por el tema y el ritmo. El primero se refiere

a la vida de una región chilena cuya dureza obliga a destacar en grado sumo la inhumanidad que riga las relaciones entre el capital y el trabajo. En tal medio los hombres no son categoría valorizable de humanidad sino instrumentos para lograr fines de cualquier naturaleza, y esto que es una patente verdad en el régimen capitalista en todas las latitudes, lo es más aún en regiones como la del extremo sur chileno, refugio obligatorio de los desesperados por alguna cuenta pendiente con la justicia. Para llegar a capataz constituirá un mérito ser asesino o traidor; para llegar a negociante el mejor entrenamiento es el de contrabandista o el robo a mano armada. En la mayoría de los casos, los desheredados, los condenados a vivir en dicho infierno, descargan su ira reconcentrada contra la vida sobre sus mismos compañeros de infortunio, ya que para dirigirlo contra los agentes inmediatos de su explotación necesitarían llegar a ser tan malvados como ellos. Por la novela desfilan todos estos forzados de la vida con sus ambiciones, rencores, venganzas, hambres, miseria, crimen. Esa es la vida y no otra. Los espíritus «cultos y refinados» harán gestos de desdén a este infierno, pero son precisamente esos espíritus «refinadamente cultos» los que viven fuera de la real actualidad de la vida, y de ella saben tan sólo la vanidad y chismografía de los salones mundanos. La actualidad trascendente del momento es esa; la explotación del trabajo, que en medios como en los que se desarrolla «Paralelo 53 Sur» adquiere proporciones dantescas.

Para que un tema tan denso como el de esta novela adquiriera a la vez una expresión adecuada, requería un ritmo como el empleado por su autor: acelerado, vivo, en el que cada etapa es una estampa colectiva y de ambiente proyectada con un estilo nervioso, sin precipitaciones, con un dinamismo potencial que da a la trama la fuerza expresiva indispensable.

Quienes aún no han podido desasirse de un prejuicio crítico al valorar la literatura; quienes analizan la producción novelística de acuerdo a normas preceptivas de antaño y consideran no hay novela donde no hay un personaje central que aparece en el primer capítulo contándonos sus cuitas, y así se desliza en los siguientes y acaba abatido, desesperado o muerto por su infortunio, quedarán desconcertados ante «Paralelo 53 Sur». Aquí no tropezamos con la aventura o desventura de fulano o Zutano, aunque casi todos sus personajes viven o mueren trágicamente. Aquí tropezamos con la vida de una colectividad, y el *hombre* categoría individual, es un complemento para dar vida al todo, a la HUMANIDAD, esa HUMANIDAD chilena que habita en la región austral, donde la sangre de las víctimas queda diluida entre las olas oceánicas o forma una mancha delatora al derretir el silencio de

la nieve. Y se renueva la actualidad de esta novela, precisamente por tener como personaje central a la colectividad. Y así como el llamado arte nuevo, el pictórico, no es sino insensibilidad e incapacidad para sentir y crear obra grande, recurriendo al detallismo insubstancial de la naturaleza muerta, el bodegón o el retrato del «personaje», los novelistas embebidos aún con el tema del individuo, del personaje individual, pertenecen a una categoría artística decadente, superada por la realidad de nuestro tiempo, de nuestra actualidad, y evidencian la misma insensibilidad e incapacidad que les imposibilita para toda creación literaria trascendente y perdurable. Quien no siente ni percibe la tragedia social que se agita a nuestro alrededor, mal puede ser artista capaz de producir grandes obras, porque éstas siempre han contenido una profunda realidad humana vinculada a la vida social.

A estas alturas resulta una preocupación senil querer encerrar la producción literaria de nuestro tiempo dentro de una preceptiva elaborada en tiempos de diferente ritmo vital. No son los preceptos los que crean el arte, sino lo contrario. Sería igual a suponer que las reglas gramaticales han creado los idiomas, siendo así que es precisamente todo lo contrario. Los pueblos no han necesitado de gramática para hablar como se debe, y es preciso ir al pueblo para descubrir los temas más eternos de la belleza y el móvil profundo que impulsa los acontecimientos históricos. Juan Marín, situado como es-

critor ante el problema de su tiempo y de su medio, ha sabido encontrar la cantera viva de los argumentos inagotables, la vida de su pueblo, y para desentrañar una parte de esa vida ha sabido recurrir a lo fundamental, a la vida del trabajo, donde fracasan todos los héroes de opereta y persisten en la lucha quienes están formados por los mismos elementos del medio donde viven, tierra y mar: duros como la tierra, taciturnos como el panorama de las nevadas, misteriosos como el mar que los azota diariamente.

En la literatura chilena ha sido alcanzada una nueva etapa. A la preocupación por el hombre como categoría nacional, que vemos en «El Roto», de J. Edward Bello, ha seguido la preocupación por el hombre como categoría social. Las inquisiciones de psicopatología racial de Joaquín Edwards Bello las convierte Juan Marín en deducciones económico-sociales. Chile abre un vasto campo a esta nueva inquietud literaria, por ser el medio hispanoamericano de mejor perfil en el antagonismo clasista de nuestro tiempo, pero los escritores chilenos deben llegar a la conclusión, de que para lograr obras medulares hay que ir al pueblo, el personaje literario por antonomasia de todos los tiempos, desde «La Iliada» hasta nuestros días, y la sensibilidad chilena, romántica, lírica, sensual y fundamentalmente mestiza, es la más apropiada para captar la multiforme realidad de su propia tragedia.—**F. Ferrándiz Alborz.**



SPARTACUS

REVISTA DE AFIRMACIONES

Los más destacados militantes del Socialismo
marxista español e internacional colaborarán en

SPARTACUS

REVISTA DE AFIRMACIONES

Precios de suscripción

Un semestre . . 12'00 pesetas

Un trimestre . . 6'00 »

Número suelto . 1'00 »

Mártires, 2

ALICANTE

Quance

DIARIO SOCIALISTA DE LA TARDE

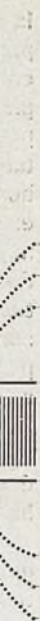
Quance

dará una gran información política y social. En

Quance

colaborarán las mejores plumas del movimiento socialista y obrero.

Suscripciones: SECRETARIADO DE PROPAGANDA Y CULTURA - ALICANTE





SUMARIO



Rodolfo Llopis

Indiscreciones.—«Las Etapas de la Victoria»

F. Ferrándiz Alborz

Francisco Largo Caballero

Carlos Hernández Zancajo

La Tarea Ingente del Movimiento Sindical Español

Pascual Tomás

La Nacionalización de las Industrias de Guerra

Manuel Adame

Atención a los Peligros del Desarrollo del Capitalismo Monopolista de Estado

AUTORES Y LIBROS

Una Gran Novela Americana — «Paralelo 53 Sur», de Juan Marín, por F. F. A.